

PROEMIO



l tomo VI de la colección *In diebus illis* está dedicado al clérigo y polígrafo de la Ilustración José de Viera Clavijo [1731-1813], algo que aparentemente no es tan novedoso porque Julio Sánchez Rodríguez publicó en 2006 el ensayo *José de Viera y Clavijo, sacerdote y arcediano* como volumen inicial de esta serie. Sin embargo, a diferencia de aquel primer libro, el que nos ocupa ahora es un trabajo de mayor extensión, escrito por varios autores que persiguen un objetivo distinto: posibilitar nuevos comentarios en torno a las prolíficas *Noticias de la Historia General de las Islas de Canaria*, la ascendencia de los Viera y los Clavijo, y el influjo posterior de la producción literaria e imagen de Viera con un planteamiento moderno, renovado y contextualizador. Además, posee el aliciente de sumarse a las publicaciones de todo tipo, conferencias, exposiciones y otras iniciativas que organismos del Archipiélago han previsto durante el último año para conmemorar el bicentenario de su fallecimiento, tan variadas como heterogéneas en lo relativo a éxitos y fines. Aún es pronto para calibrar el alcance de dicho bagaje cultural, pero lo que sí queda claro —o al menos, se percibe ahora con objetividad— es que tal efeméride ha devuelto actualidad a Viera y Clavijo con un sentido amplio y diverso. Por todo ello, esta contribución libraria surge en un momento oportuno e insiste en la necesidad de fomentar el estudio de la trayectoria vital y profesional del arcediano de Fuerteventura con nuevos bríos, porque, al fin y al cabo, la novedad de cualquier propuesta hermenéutica reside en el enfoque y en los medios que se adoptan a la hora de conseguir propósitos tan loables.

En esa circunstancia radica un primer acierto de la publicación que nos compete, ya que sus autores han sabido aunar la tradición historiográfica con nuevos hallazgos e interpretaciones sobre hechos puntuales de la producción y el influjo de Viera. Desde esta perspectiva, el libro es un compendio múltiple y miscelánico, como lo fueron, en realidad, el bagaje y la inquietud del intelectual que es analizado con planteamientos que suman las bondades del juicio crítico, la revisión bibliográfica, aportes documentales y el ineludible análisis iconográfico. Más allá de las contribuciones documentales o de novedades concretas, este hecho es otra medida a tener en cuenta porque otorga un atractivo notable a lecturas y explicaciones que asocian lo mejor de la historiografía previa con últimas propuestas de investigación y estudio. Así pues, desde ahora conocemos mejor la importancia del sustrato religioso en la formación y el itinerario vital de nuestro polígrafo, la ascendencia familiar, la disparidad de criterios que motivó su reproducción icónica desde el siglo XVIII, y una contribución indispensable —a buen seguro, decisiva e irrepetible— de sus *Noticias* a la hora de fijar la imagen emblemática de Canarias. Sin embargo, en honor a la verdad, el libro *Estudios sobre Viera. Religión, familia, iconografía y emblemática* es algo más que eso. En él se dan todo tipo de noticias y hallazgos que abren nuevas posibilidades de análisis, quizá insospechadas ahora pero que más adelante podrán convertirse en otros trabajos de igual alcance y consideración. Ello explica que más que un libro cerrado y concluyente sea una propuesta amplia y panorámica, donde sus autores sugieren más de lo que exponen recurriendo a premisas básicas para una edición de su naturaleza: hacer ciencia sin olvidar la difusión del conocimiento y tener como pauta común la claridad argumental, una literatura amena y la sencillez de una exposición que aúna todo tipo de datos, imágenes y comentarios en apretada síntesis. Quien desee aproximarse a la época de cambios en que se inscribe la biografía de Viera tiene en este libro un medio útil y atractivo para hacerlo, porque, entre otras materias, nos permite conocer la relación de parentesco que existió entre muchas personalidades del Archipiélago —ahora sabemos que nuestro arce-

diano comparte el mismo árbol genealógico que miembros de la familia Román o que fue pariente, entre otros, del médico y poeta lagunero Carlos Yáñez de Barrios [1733-1784]—, la repercusión de su imagen pública o el valor que concedía a los sermones como medio de adoctrinamiento colectivo sin renunciar a la erudición que es propia de otros trabajos literarios. Conviene, pues, insistir en estas cuestiones y plantear los hitos más notables de la publicación para que podamos comprender su alcance e importancia historiográfica.

José de Viera y Clavijo es uno de los intelectuales canarios mejor conocidos y estudiados, cuya trayectoria, además, podemos rastrear a través de todo tipo de fuentes. Él mismo fue consciente de ese hecho y en la vejez nos legaría unas impagables *Memorias* de su vida literaria, siendo, en verdad, el colofón de una existencia que el propio Viera se encargó de relatar a través de completísimos y amenos diarios de viaje, el intercambio epistolar, varios manuscritos y algún que otro ensayo con tinte autobiográfico. No cabe duda de que esa circunstancia lo convierte en un personaje cercano a nuestro tiempo, pero, al mismo tiempo, tal coyuntura ha jugado en su contra. Cuando profundizamos en el análisis de cualquier aspecto vital o profesional del polígrafo se pone de relieve la complejidad de dicha medida, hasta el punto de que llega a ser un personaje distante y enigmático para los investigadores del siglo XXI. Esa situación se debe también a que la popularidad de Viera fue —y en realidad, sigue siendo— notable entre los canarios a diferencia de lo que acontece con los contemporáneos y coterráneos José de Clavijo y Fajardo [1726-1806] o Tomás de Iriarte [1750-1791], quienes desarrollaron buena parte de su producción literaria lejos del Archipiélago y no volvieron a él después de ganar fama, prestigio y un estatus envidiable en el Madrid de Carlos III. El nombre de Viera está unido a todo tipo de iniciativas y proyectos culturales que perpetuaron primero los ilustrados y luego los eruditos de la sociedad librepensadora del siglo XIX, hasta el punto de que todavía hoy participamos de su herencia historiográfica y cultural. Viera es citado como autor de referencia en muchos trabajos de investigación y su recuerdo está presente entre quienes estudiamos cualquier pormenor relevante de la historia y las ciencias de las Islas, porque, en honor a la verdad, sus comentarios alientan el recuerdo de las *Noticias* ya citadas o del *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, entre otros libros y manuscritos. Como ya es sabido, a través de esas obras nos brindó la síntesis del saber de su tiempo y una interpretación coherente sobre hechos notables del pasado aborigen y cristiano, convirtiéndose sin quererlo en un reflejo de la época donde quedó inscrita su labor, la metodología de trabajo racionalista y crítica que impulsaban sus contemporáneos, y el programa reformista de la Ilustración que tanto defendió y alentó desde su posición privilegiada como arcediano de Fuerteventura.

A tenor de lo expuesto podría decirse que Viera y Clavijo ha sobrevivido al paso del tiempo, pero ese hecho es en sí mismo engañoso y complejo. Aún quedan muchas cuestiones que aclarar y discernir, al tiempo que volver sobre ideas acuñadas en el pasado para contrarrestarlas o refutarlas a la luz de nuevos razonamientos críticos. De acuerdo a ello, los temas de investigación sobre el polígrafo tenerfeño nunca se agotarán y, desde nuestro enfoque actual, son tan diversos como autores los aborden e interpreten. Esa idea resulta determinante para un libro colectivo como el que nos ocupa ahora, hasta el punto que cada capítulo o bloque temático es firmado por un investigador diferente y muestra inquietudes contrapuestas en lo concerniente a objetivos, metodología y conclusiones.

Comienza la edición con cuatro capítulos dedicados a profundizar en el valor de la religión para Viera con un punto de vista múltiple, tarea que acomete Julio Sánchez Rodríguez con el rigor habitual en sus trabajos sobre la Historia de la Iglesia en Canarias. Así, en un primer texto analiza el significado de la trayectoria eclesiástica del Archipiélago en sus inicios, es decir, en el periodo que media entre el pasado aborigen y la convocatoria del tercer sínodo diocesano durante la prelatura de Vázquez de Arce [1513-1522]. Lo atractivo de su propuesta es que matiza las afirmaciones que Viera publicó en varios tomos de sus *Noticias*, al tiempo que las cuestiona con avances que la historiografía positivista y los modernos estudios de investigación documental han procurado en las últimas centurias sobre esos asuntos. Tal circunstancia pone de relieve el espíritu crítico, constructivo y revisionista que tuvieron muchos intelectuales de las Luces, porque —como advierte Sánchez Rodríguez en cada epígrafe— Viera y Clavijo supo enmendar sus errores argumentales e interpretativos. Basta comparar lo expresado en los volúmenes primero y cuarto para percarnos de ello, no sin advertir una novedad importante en dicho planteamiento. De gran utilidad son también las correcciones que propone al episcopologio de nuestro historia-

dor, llegando a enumerar con certeza las fechas y los nombres de cuantos eclesiásticos rigieron los destinos de las diócesis isleñas desde mediados del siglo XIV. Gran parte de las aportaciones de este primer bloque se centran en el capítulo segundo, donde el mismo investigador estudia el protagonismo ineludible de Viera a la hora de renovar la oratoria sagrada en Canarias, algo que habían insinuado historiadores previos como Rodríguez Moure o Rodríguez Batllori. En esta ocasión, Julio Sánchez recopila, transcribe, analiza y reinterpreta un total de doce sermones que el arcediano de Fuerteventura predicó sobre diversas materias en Tenerife, Madrid y Gran Canaria entre 1756 y 1796. Tal y como previenen sus comentarios, en ellos queda patente la inquietud de un clérigo culto y preparado, que tuvo un gran dominio de la palabra y recursos válidos para imbuirse de principios acordes a la religiosidad popular de su tiempo o al más exacerbado catolicismo de las Luces. Así pues, en las alocuciones glosadas se percibe esa dualidad bajo una renovación pragmática y conceptual que no fue ajena al espíritu crítico, enciclopédico y racionalista de nuestro autor, el mismo que, precisamente, le permitió desterrar devaneos empíricos y los planteamientos escolásticos que defendieron muchos predecesores suyos a la hora de ganar fama con *el difícil arte de la predica*. No debe obviarse que Viera tuvo un prestigio notable como orador allí donde vivió y que, al margen de los problemas que le acarrearía una amonestación del Santo Oficio en 1756, subió al púlpito para leer toda clase de sermones bajo un lenguaje claro, rico en citas bíblicas y convincente por la forma en que transmitía los asuntos a tratar con altas dosis de rigor y elocuencia.

Ese hecho determina que el capítulo tercero de la publicación contenga una transcripción comentada del prólogo que nuestro arcediano dedicó a su propia traducción del *Tratado de la Doctrina Cristiana y Ortodoxa*, obra de 1703 publicada en París por Louis Ellies Dupin [1657-1719]. Aunque ya era conocida y se había citado en trabajos previos de Infantes Florido, Sánchez Rodríguez reproduce la única copia conocida de ese texto perdido de Viera y le concede el protagonismo que tiene y debió tener después de su redacción en 1768 como manifiesto del afán renovador que el inquieto clérigo —ya en la plenitud de su vida, partícipe de la famosa Tertulia de Nava— intentaba transmitir a sus contemporáneos. Esas cuestiones se ponen de manifiesto también en el itinerario eclesiástico que el mismo investigador nos proporciona en el capítulo cuarto, donde enumera pormenorizadamente los acontecimientos religiosos de mayor entidad que tienen que ver con la trayectoria del polígrafo de las Luces y de sus hermanos Nicolás y fray Andrés. Aunque pueda resultar secundario, no lo es tanto si atendemos a las ocasiones en que esos sucesos son repetidos en trabajos de investigación equivocando fechas y lugares. Ahora se exponen con claridad los datos relativos a su ordenación sacerdotal, a la carrera eclesiástica fuera del Archipiélago, a las predicaciones ya citadas y a la actividad posterior en el seno del Cabildo Capitular de Santa Ana. Completa dicho apartado un segundo listado donde se recogen todos los familiares y ascendientes de Viera que tuvieron relación con la Iglesia, generando una larga enumeración de frailes, clérigos y religiosas de clausura que nos previene de antemano sobre dos cuestiones básicas: la cotidianidad de ese hecho entre los Viera, así como el valor y las oportunidades de ascenso que el estamento eclesiástico brindaba a sus miembros en el seno de la sociedad isleña del Antiguo Régimen.

El bloque segundo de la edición lo integra el amplísimo capítulo quinto, dedicado a la familia del arcediano y firmado por el investigador Carlos Gaviño de Franchy. Se trata de un estudio monográfico que actualiza el conocimiento sobre la genealogía de José de Viera y Clavijo partiendo de sus apellidos principales: Viera, Álamo, Clavijo, Barrios, Correa, Cabeza, Valladares, Ginori y Franquis, entre otros. La lectura propuesta supera la enumeración de datos en base a un cánón o norma pre establecida, ya que la consulta de publicaciones previas, escrituras notariales —muy deterioradas en lo relativo a protocolos de la Villa de La Orotava, donde se insertan muchos documentos de la familia de nuestro polígrafo—, registros sacramentales y antiguos índices de escribanías permite ampliar la fría exposición de nombres, datos onomásticos y demás noticias de parentelas. Al aderezar su exposición con blasones y árboles genealógicos que recuperan diseños dieciochescos, el lector asimila la importancia de ese bagaje familiar para comprender los anhelos de progreso que el joven Viera y Clavijo manifestó desde el tiempo de su primera formación en Tenerife. Más allá de ese pormenor, Gaviño de Franchy nos propone también una interminable lista de transcripciones documentales que distribuye entre notas al pie y un apéndice final. Asimismo, el texto queda completado con un alto número de imágenes o ilustraciones, entre las que advertimos novedades para la Historia del Arte local. Así, por ejemplo, una fotografía en formato *carte de visite* proporciona el único testimo-

nio que conocemos de una escultura de María Joaquina de Viera y Clavijo, y se reproducen por vez primera los retratos del canónigo del siglo XVII Diego González Nieto o del médico y poeta Carlos Yáñez de Barrios que no dudamos en atribuir a Juan de Miranda, entre otros muchos. Al margen de ello, la interpretación expuesta confirma que la familia Viera no alcanzó un estatus de nobleza equiparable a las familias más preponderantes del Archipiélago, pero, como hizo ver Cioranescu, obtuvo una posición notable debido a profesiones de importancia que eligieron buena parte de los miembros principales, la acumulación de propiedades, su vinculación ya comentada con el estamento eclesiástico, y el esfuerzo cotidiano de personajes como José de Viera y sus hermanos. A ese hecho cabe sumar el atractivo de que la investigación genealógica se remonta al siglo XVI, esclareciendo con rigor los primeros ascendientes del polígrafo que habitaron en el Archipiélago.

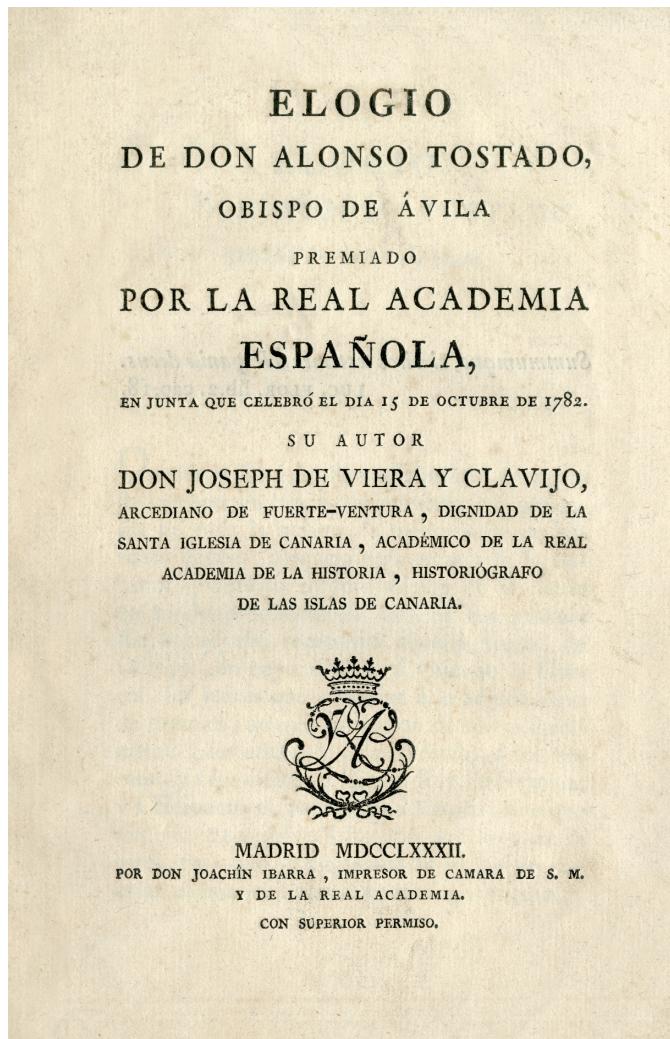
Carlos Gaviño de Franchy firma también el sexto capítulo, que integra, a su vez, un tercer bloque de contenidos: la iconografía. En este sentido no debe obviarse que, como buen intelectual del Setecientos, Viera cuidó mucho su imagen pública y la difusión que podía hacerse de ella a través de obras notables como el primer grabado que tuvo un dibujo previo de Isidro Carnicero [1736-1804] e ilustró el poema *Los aires fijos* —que nosotros valoramos también como retrato de nuestro polígrafo y no del secundario Diego Díaz Monasterio—, o la estampa posterior de Joaquín Fabregat [1754-1807]. A partir de esos testimonios se establece un recorrido cronológico por las muchas y variadas representaciones que conocemos de Viera, previniendo con cautela que cada una de ellas es consecuencia de un espacio, un tiempo y unos convencionalismos propios. Sin embargo, los comentarios de Gaviño de Franchy no se limitan a la descripción formal de cada pieza o figuración. Dicho investigador se preocupa por contextualizarlas en la trayectoria profesional de sus artífices y en vincularlas con los precedentes disponibles para la ejecución o reproducción, porque, como explica detenidamente, muchas parten de las estampas ya citadas de Madrid o del retrato póstumo que José de Ossavarry [1781-1827] pintó en 1813. Con todo, los comentarios realizados en algunos casos superan el interés iconográfico y se convierten en pequeñas monografías o estudios de autores poco tratados hasta ahora, destacando en ese sentido la atención dispensada al ya citado Ossavarry y a Guzmán Compañ [1878-1944], Santiago de Tejera y Quesada [1880-1916], Eduardo Tarquis [1882-1948] o Jesús María Perdigón [1888-1970], entre otros.



El último capítulo y bloque temático está dedicado a la emblemática de las Islas, ya que el escudo o blasón contenido en el tomo primero de las *Noticias* sirvió para popularizar y difundir el que siglos después es escudo oficial de la Comunidad Autónoma de Canarias. El investigador Juan Gómez-Pamo y Guerra del Río propone un análisis iconográfico e histórico sobre la evolución de este emblema, distintivo del Reino de las Islas Canarias y defendido en tiempos de Viera por el activo y diligente Francisco Javier Machado Fiesco. Sin obviar sus orígenes como elemento indispensable para el aparato y ceremonial cortesano, la lectura propuesta incide en el significado y la derivación plástica del que fue por su propia naturaleza un signo distintivo y reconocible, que posee alusiones explícitas de las siete islas, el océano Atlántico y los canes como aportación del periodo ilustrado que nos ocupa. El repertorio de imágenes escogido y la cita puntual de publicaciones donde se abordan dichos asuntos confiere un interés mayor a este ensayo que, de alguna u otra forma, remarca el influjo de nuestro polígrafo en la cultura isleña de los últimos siglos.

Al margen de esos contenidos y de otros alicientes temáticos, el libro *Estudios sobre Viera. Religión, familia, iconografía y emblemática* es también un homenaje al tiempo en que se inscribe la vida del primer historiador del Archipiélago. El cuidado trabajo de Gavíño de Franchy Editores resalta esa idea, al dar cabida a testimonios dieciochescos en sus páginas, cubierta, motivos ornamentales y otros recursos gráficos. Como fuente principal del texto se eligió la tipografía Ibarra, creada y difundida en tiempos de Viera por el famoso impresor Joaquín Ibarra [1725-1785]. Nuestro arcediano publicó algunas obras con él —entre otras el *Elogio del obispo de Ávila Alonso Tostado* [1782] que reproducimos—, pero esa circunstancia no impide que dichos modismos puedan extenderse a las bellísimas letras capitulares, a los diseños de árboles genealógicos, a los colores y a las muchas imágenes que ilustran el libro en sus más de seiscientas cincuenta páginas. Asimismo, la cubierta reproduce parte de un tejido labrado en sedas e hilos metálicos que arribó al Archipiélago desde tierras peninsulares durante la segunda mitad del siglo XVIII. En el afán ya citado de contextualizar y difundir repertorios de época, la publicación queda ilustrada en sus primeros capítulos con obras de arte, mapas, documentos manuscritos y otros bienes que son comentados por varios investigadores —Juan Alejandro Lorenzo Lima, Jesús Pérez Morera, Pablo F. Amador Marrero, Carlos Rodríguez Morales, Carlos Gavíño de Franchy, Manuel J. Hernández González y Manuel Ramírez Sánchez— para su mejor comprensión, siendo notable el valor de esas imágenes en lo relativo a los sermones del capítulo segundo. No en vano, los cuadros de un pintor previo como Cristóbal Hernández de Quintana [1651-1725] o los del contemporáneo Juan de Miranda [1723-1805], entre otros, plasman ideas que Viera trasmitió a sus contemporáneos desde el púlpito.

Tal y como podrá deducirse con un simple vistazo de la edición, el trabajo presentado es consecuencia de un esfuerzo colectivo y como tal debemos apreciarlo, al constituirse, en realidad, por una suma de aportaciones que arroja algo de luz sobre aspectos muy concretos de la existencia y del influjo que tuvo, tiene y seguirá teniendo el autor más prolífico de la Ilustración en Canarias. Nunca mejor dicho, este libro le tributa un homenaje después de que se cumplieran doscientos años de su fallecimiento y aspira a que la labor de tan ilustre polígrafo no caiga en el olvido, ya que, al contrario, con iniciativas de esta naturaleza su legado vital y literario se perpetúa en el tiempo, es asequible para todos y permanece más vivo que nunca. Sólo queda esperar que suceda así generación tras generación, porque, en honor a la verdad, *Estudios sobre Viera. Religión, familia, iconografía y emblemática* es una contribución que persigue ese fin.



ELOGIO DE DON ALONSO TOSTADO

JUAN ALEJANDRO LORENZO LIMA
La Orotava, marzo de 2014